

Arguedas: el amor a la vida y a la muerte

por José Miguel Oviedo



José María Arguedas no sólo ha sido, en los últimos 30 años, un escritor, sino toda una literatura, un modo integral de ver, sentir y expresar la realidad peruana. Allá por los años 20, el indigenismo literario descubrió una temática y un mundo físico por el que la anterior literatura nacional había pasado de largo o a la que, beata o románticamente, había desvirtuado. Necesitando destruir esa impostura o esa indiferencia, los indigenistas peruanos enarbolaron el nuevo ideal como una bandera: escribieron generalmente para demostrar algo que no estaba demostrado. Los peligros que acechaban su empeño eran la pedagogía y el maniqueísmo, el simplismo y la epicidad mural. Hay un largo trayecto entre López Albújar, donde el indio es un monstruo patético, un robot de sus impulsos atávicos, hasta *Ciro Alegria*, donde se le descubre como ser humano, como clase y no sólo como raza, como proyecto posible de la auténtica sociedad peruana. Pero aún en *Alegria*, el indigenismo era eso: un "ismo", un propósito que justificaba y daba sentido a un mundo. Con Arguedas, el "indigenismo" definitivamente deja de ser un designio sumado a la voluntad creadora, para convertirse en un desgarrado acto de amor y de fidelidad a una experiencia personalísima de la realidad andina. Particularmente, lo folklórico es rescatado de la consabida mirada exhibicionista del curioso, y es asumido como el otro lado de esa realidad: su dimensión mítica, su aureola mágica. La relación amorosa se cumple como un acto de mutuo reconocimiento: él está en aquel mundo y aquel mundo está, para siempre, en él. Por eso, los objetos son sagrados, la perspectiva transparente y la mirada un retorno a los orígenes.

En sus libros, ese reconocimiento se cumplió lenta y aún costosamente. Las obras iniciales —*Agua* (1935) y *Yawar Fiesta* (1941)— ofrecen todavía mucho material en bruto y algún hallazgo notable, como el cuento "*Warmá Kuyay*" del primer volumen. Arguedas mismo ha contado cómo superó el problema básico de todo escritor regional: el de escribir en español lo que se conoció o se vivió a través de alguna lengua aborigen. Luchó con su propio español, aprendido después del quechua

natal; comprendió que sólo la invención de una forma estética garantiza la autenticidad en literatura; hizo del indígena un ser complejo y sensible, rico y conflictivo, un alma que se expresa en cada uno de sus infinitos repliegues, como él mismo. Por un lado, su hallazgo consiste en una gran profundidad psicológica, en un cumplido proceso de interiorización en el espíritu indígena, tan propicio a dárseos sólo mediante exterioridades; por otro, en la afirmación gozosa de la vida, en el triunfo de la persona y la cultura indígenas sobre todas las limitaciones del medio social. Los lectores de Arguedas —del Arguedas maduro que se afirma en *Diamantes y pedernales* (1954) y culmina esos mundos totales que son las novelas *Los ríos profundos* (1959) y *Todas las sangres* 1964— recuerdan esos momentos, que se imponen sobre los pasajes deprimentes y hasta exasperados, en los que brilla la luz, cantan los colores y la naturaleza se revela divina. Esa exaltación, esa devota fe en el milagro de la vida que traspasa todo sufrimiento, es, finalmente, un acto de reencarnación del propio autor: quizá nunca Arguedas subsanó el desarraigo que suponían Lima, la cultura occidental, una nueva lengua; quizá ese indio trasplantado lloraba, como el niño enamorado de "*Warmá Kuyay*", el día en que "me arrancaron de mi querencia para traerme a este bullicio de gentes que no quiero, que no comprendo". Aún en lo personal, Arguedas personificaba el drama profundo del indígena, el dolor inacabable del hombre andino desarraigado de su tierra.

Y, sin embargo, la rotunda alegría de la creación novelística emanaba de un hombre que estaba herido, que se sabía débil y para quien, progresivamente, la vida fue siendo más y más insoportable. Nada y todo explica ese terrible trauma que Arguedas albergaba, enmascarado tras el humor, la frescura y la incomparable pureza humana que todos le conocían. Hace tres años su permanente crisis se agudizó e intentó suicidarse. Increíblemente, esa naturaleza que no podía vivir se negó a morir, y fue ¿salvado? ¿otra vez condenado? Las frustraciones del suicidio se sumaron ahora a las de la vida, y Arguedas, secretamente,

siguió cultivando esa fascinación de la muerte, el "vicio absurdo" del que habla Davide Lajolo a propósito del suicida Cesare Pavese. No tan secretamente en el fondo: en *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, la novela que estaba preparando, la propia muerte es una constante abiertamente confesada. Arguedas puso en mis manos los originales de esa novela, avanzada ya hasta su segunda parte. La novela se tejía en el cruce de dos niveles: uno, constituido por sus "Diarios" personales; otro, narrativo, dispuesto en "Capítulos" cuyo gran personaje era el turbulento, casi espantoso, Chimbote de las pesquerías y el salto contrahecho hacia la industria; el puente unificador era el diálogo mítico de los dioses del título, símbolos de las fuerzas antagónicas que laten en un país convulso. En los "Diarios", Arguedas recordaba, con la más absoluta prescindencia del patetismo, su frustrado suicidio y admitía, con igual naturalidad y hasta lógica, que no le cabía sino volver a intentarlo; su único problema era no fallar.

La última vez que lo vi —hace ahora tres semanas— hablamos de su novela y de los cambios que había introducido en la primera parte, tenía dificultades con la segunda, pero al parecer no insuperables. Me comunicó buenas noticias, planes interesantes. Igual podrían decir los que lo vieron pocas horas antes de que se disparase un tiro en la sien. En su vida había una fractura irremediable, y todos los signos de esperanza que sus amigos querían leer, eran señales para desviar la atención o quizá la piedad: con una fría y fatal determinación, Arguedas estaba dando sólo los pasos que lo pudiesen conducir a la autoeliminación. Eligió el arma que iba a usar; dejó en orden muchas cosas; escribió varias cartas de despedida, alguna de las cuales databa de un mes antes; escribió un capítulo final para la novela inconclusa y, como acabándola brutalmente, le puso término incorporándole su propia muerte. El anhelo de la creación y el impulso de destrucción volvieron a tocarse, y Arguedas resolvió saldar esa vieja cuenta consigo mismo. Ninguno de los que lo conocieron puede juzgar ese acto atroz, ninguno puede ahora consolarse.